

que no la diga que su hijo está perdido sin remedio. Abandonada por los hombres su alma se eleva hasta al cielo :

« O tú, que me enviaste uno de tus ángeles para anunciarme el hijo que me destinabas; tú que en el valle de Belen me inundaste con todos los gozos de la maternidad; tú que accediste á la petición de la madre de Samuel cuando con sus lágrimas regó tu altar¹ : oye los gritos de mi desesperacion y ten piedad de mí! ¿Me eximiste de los dolores del parto solo para condenarme á tormentos mil veces mas crueles? ¿Has puesto en mi corazon el mas ardiente amor maternal para reducirme á llorar la muerte del mejor de los hijos? Sálvame; tú que puedes, tú que das á los cielos eternos himnos para celebrar tu gloria, tú que das á los mortales lágrimas de fuego para implorar tu misericordia. »

Así gimió la madre del Mesías : mas sordo el cielo á sus ruegos, ni consuelo ni esperanza la envía.

Desolada y fuera de sí retirase María á una galería que conduce á las habitaciones del pretor, y

¹ Ana, una de las esposas de Elkana, era estéril; mas oró tanto tiempo y con tal fervor al pié de los altares que enternecido el sumo sacerdote la prometió que sus votos serian cumplidos. Hízose en efecto embarazada, y dió á luz al profeta Samuel. Libro I de Samuel, cap. 1. — T. F.

allí por fin las lágrimas desahogaron un tanto su oprimido pecho.

« ¡Ay de mí! dijo. Si en este dorado palacio hubiera algun ser generoso; si en medio de este lujo y de esta magnificencia encontrase yo un corazon de madre, si Porcia fuese buena y compasiva... Así se dice... O será fines, vosotros que con vuestros cantos celebrasteis al niño recién nacido en un establo, haced que sea cierto lo que de la bondad de la muger del Pretor se dice. »

En el fondo de la galería aparece una muger : es Porcia. Viene pálida, sus cabellos ondean graciosamente sobre su mórbido seno, mas en medio de la gracia magestuosa del ropage pintoresco que viste como todas las matronas romanas, se percibe que un ligero temblor agita su cuerpo todo. La esposa de Pilatos ve á María y se detiene admirada contemplando su hermosura que en aquel momento brilla con cierto resplandor celestial, que solo el dolor puede producir, y que inspira respeto y amor á los corazones generosos, recordándoles que en esta vida de un dia solo el dolor es hijo del cielo, mientras que la alegría, aun cuando inocente y pura, es siempre ilusion vana.

La noble Romana contempla pues á María con piadosa veneracion y le dirige estas palabras :

« Habla ¿quien eres? Jamas he visto tanta dignidad unida á tal dulzura, jamas en ojos mortales

tan tiernas lágrimas. ¡Padeces, pero tu dolor es tan divino que apenas me atrevo á consolarte ! »

Y responde María :

« Si hay en tu corazón tan dulce piedad como la que en tus ojos miro y tus palabras indican, guíame hasta Porcia, porque á ella es á quien busco. »

— « En tu presencia está : yo soy Porcia. »

Dulce y viva alegría iluminó por un instante el rostro de la madre de Jesus ; y exclamó :

« ¡ Eres tú, tú misma. Desde que te vieron mis ojos voló mi alma al encuentro de la tuya, y no formé mas voto que el de que se te pareciese á tí la ilustre compañera de Pilatos. Tú comprendes el dolor de una madre, aunque esa madre pertenezca á un pueblo que el tuyo desprecia. Sábelo, pues, ó Porcia : el hombre á quien Pilatos acaba de examinar, y á quien viles calumniadores acusan de crímenes odiosos, siendo en verdad su vida una cadena de acciones sublimes, es hijo mio ! »

Un sentimiento mas noble, mas grande que el de la mera compasión dejó á Porcia inmóvil y muda durante algun tiempo : mas al fin exclamó :

« O muger demasiado feliz, ¿ con que tú eres María, la madre de Jesus Nazareno ? »

Y levantando las manos al cielo añadió con piadosa exaltación :

« Deidades bienhechoras, deidades sin nombre, vosotras que habeis turbado mi reposo con un so-

lemne sueño : yo os bendigo ; porque vosotras sois las que me habeis enviado á la madre del mas grande de los hombres. Cesa de implorar mi compasión, bienaventurada María ; yo soy quien reclama la tuya ; guíame á los pies de tu noble hijo, que sus miradas disipen las tinieblas de mi razón, que su palabra me enseñe como debe adorarse á los dioses. »

De estas dos piadosas mugeres, anda ya la una, sin saberlo, por el buen camino, y la otra lo busca con todo el ardor de un corazón henchido del amor divino. Basta esa secreta simpatía para unir las ; mas no aciertan aun á comprenderse.

Me amas, dijo María mirando á la joven romana con expresión inefable de ternura y confianza ; sí, me amas, y veo que comprendes y participas de las angustias de la mas desdichada de las madres. Pero no, invoques para mitigarme penas, el auxilio de tus dioses, porque no tienen poder alguno. Si cabe en los decretos del Eterno que mi hijo se salve, tú, y tú sola puedes impedir que el Pretor se manche con la sangre del mas justo de los hombres. Haz pues que no derrame esa preciosa sangre, que pesaría horriblemente sobre su alma el día en que se le llame á comparecer en el tribunal del Dios de los Dioses. »

Una grave y melancólica sonrisa se dejó ver en los labios de Porcia al acercarse á María, y decirle

con la timidez que caracteriza las confianzas íntimas :

« Voy á dejarte leer en mi corazón los nuevos sentimientos que le agitan, pero antes de todo tranquilízate, haré por salvar á tu hijo cuanto de mí dependa, y aun sin que tú vinieras á pedírmelo lo hubiera hecho de la misma manera. Un poder sobrehumano y superior á esos dioses cuyo auxilio creíste que yo invocaba, me ha enviado esta noche un sueño que me ha llenado de santo terror. Misteriosas y dulces fueron al principio las visiones; despues se hicieron espantosas... Despertéme súbitamente é iba al pretorio á defender al hombre que se me ha aparecido en sueños, cuando te he hallado, á tí su madre. »

Y volviéndose á la fiel esclava que la seguía, añadió :

« Marcha á buscar á Pilatos, y dile de mi parte que un sueño me ha revelado que Jesus es el mas grande, el mas virtuoso de los hombres, y que los dioses quieren que se le absuelva. »

Diciendo de esta manera, asió el brazo de María y descendió con ella la marmorea escalera que conduce á los jardines del palacio.

« Ven, ven, le dijo, en esta galería llega hasta nosotros el rumor de la muchedumbre. Aquí en medio del silencio embalsamado por las flores, aquí bajo el manto bellísimo de la aurora que ya

comienza á regar con sus dulces lágrimas la tierra por ella embellecida, es donde quiero revelarte las maravillas de mi profética vision. »

Calló y permaneció algunos instantes sumida en meditacion profunda, porque al enviarla su angel custodio un sueño revestido con las formas familiares á sus falsas creencias, ha hecho vibrar una cuerda divina en el corazón de la noble romana; y el pensamiento de esta, sin que ella misma lo comprenda, se ha abierto á la luz celestial. Saliedo al cabo de su éstasis, continuó diciendo :

« ¡He visto á Sócrates! Tú, María, no le conoces á ese filósofo cuyo nombre no acierto á pronunciar sin estremecerme de respeto y de amor. Ninguna vida de mortal ha sido tan noble y tan bella como la suya, y sin embargo supo coronarla con una muerte mas noble y mas bella que su vida. Pues ese sabio á quien, desde la mas tierna infancia, reverencio como á los dioses se reverencia, se ha dignado aparecérseme y hablarme. « Vengo, me ha dicho, de las lejanas regiones que comienzan en la tumba y tienen por límite la eternidad. Cesa de admirarme; porque elevándome sobre las nieblas de mi vana sabiduría me he extraviado. No es la divinidad, lo que yo imaginaba, ni mucho menos se asemeja á los dioses que vosotros adorais, postrados al pie de los altares erigidos por la supersticion. No me es dado revelarte los secretos

de esa divinidad sublime; pero al menos te conduciré á las primeras gradas de su templo. Tal vez merezca tu alma piadosa la gracia de entrar en su santuario antes que se acabe este día, día de gloria y de felicidad, predestinado para consumación de la grande obra. Escucha lo que me es lícito decirte: No he sido arrojado á la morada del dolor y de las lágrimas: sin embargo, mas allá de la tumba no hay Campos Eliseos, no hay rio de fuego que atravesar en una fragil barca, no hay jueces infernales. Toda esa máquina procede de vanas y mentidas ilusiones; el error es quien ha dado luz á las pálidas estrellas del Eliseo y creado el negro Tártaro. La antorcha de la verdad presta su lumbré á los eternos soles en cuyo centro tiene su trono el Juez del Universo. La Justicia inmutable es la norma de todas sus acciones. ¡ Ah! ;cuan ligeras son las virtudes que en la tierra exaltamos puestas en un plato de la balanza cuando en el otro se hallan las recompensas eternas! Solo el mal es pesado, pero tambien es grande el peso del perdón. Sí, cara Porcia, pocos son los que ante el justo dueño que rige nuestros destinos merecen recompensa, muchos los que hallan misericordia. Tambien yo la he encontrado, porque mi corazón á lo menos buscó siempre sinceramente, deseó siempre el bien y rechazó el mal. ;Cuan distinto es! ;Ay de mí! el mundo que nosotros hemos so-

ñado del que realmente se nos abre cuando la losa sepulcral se cierra sobre nuestras cenizas. Mirada desde allí esa Roma tan poderosa, que hace temblar al orbe, no es mas que un imperceptible hormiguero; y una lágrima, una sola lágrima cuando es hija de sincera piedad vale mas que todos los mundos reunidos. Porcia, los espíritus celestes celebran un santo misterio cuya profundidad no puedo penetrar; pero sé que en este momento hay entre vosotros un Justo que padece como nunca padeció mortal. Al daros ese ejemplo sublime de humildad ante Dios, de obediencia á su voluntad, lo hace por amor á los hombres, ese que es mas que un hombre... Tú le has visto, y Pilatos le juzga. Si la tierra bebe la sangre de ese justo, ¡ maldición, maldición sobre los que la hayan derramado! » Diciendo estas palabras, desapareció Sócrates, mas aun desde el fondo de una tenebrosa lontananza su voz llegó hasta mí, y dijo: « ¡ Mira! » Miré en efecto, y... ¡ ó María! ;qué horrible espectáculo se ofreció á mi vista! Tumbas por todas partes, y densas nubes que cayendo del cielo se unian con las tumbas. Repentinamente rasgáronse esas nubes, y sobre sus entreabiertos senos caminaba un hombre cubierto de sangre... Otros hombres salian de las tumbas y levantaban sus brazos hácia el divino viagero. Todos estaban cubiertos de heridas, su sangre corria á torrentes, y la tierra la

bebía estremeciéndose, como si compadeciera á aquellos hombres que padecían con un valor sobrenatural. Despues el huracan con su soplo destructor, con sus alas armadas de cortantes cuchillas, se lanzó hácia un punto del horizonte á donde centelleaba un resplandor siniestro. Mas luego todo este cuadro fué cubierto por una noche impenetrable, en medio de la cual se oían prolongados gritos de desesperacion... Y así acabó mi sueño. »

Calló, y María, alzando al cielo una mirada de inspiracion, que bajó despues sobre la bella Romana, responde :

« ¿Qué he de responderte, ó Porcia? Tu sueño es tan incomprendible para tí como para mí; conozco que te ennoblece, que te pone en contacto con los cielos. Seres superiores á la especie humana, ángeles sin duda se preparan á iluminar tu espíritu, y la sola idea de que podrán hablarte debiera reducirme á respetuoso silencio; mas sin embargo me atreveré á decirte, en cuanto á la divinidad, lo que mi debilrazon alcanza. Esa divinidad que con una mirada sabe sacar de la nada milares de mundos, y hacer que el germen de una imperceptible semilla penetre la tierra que sobre ella pesa, como pesan los marmoreos túmulos sobre el cadaver de los reyes; esa divinidad que ha puesto al hombre en una tierra donde tan engañosa es la alegría como el dolor, á fin de que nunca ol-

vide el alma que hasta mas allá de la tumba no empieza el reino de la justicia y de la virtud; esa divinidad se llama Jehová, creador y juez del universo; ese es el Dios del primer hombre, Adán, y de sus hijos, y de su nieto Abrahan, padre de nuestro pueblo. A despecho de nuestros doctores, aun es un misterio la manera en que ese Dios quiere ser adorado; mas ha prometido revelarnosla un día, y esa santa promesa será cumplida hoy por Jesus, por ese gran profeta, por ese mediador divino á quien no puedo llamar hijo mio, sin que me estremezcan santos temores y desconocidas felicidades. En mi seno debia formarse para la humana vida, y Jesus es el nombre que entre nosotros debe llevar. Eso es lo que me dijeron los inmortales que vinieron á visitarme. Esos inmortales que nosotros llamamos ángeles no son mas que seres creados como nosotros, y sin embargo á su lado los dioses de la Grecia y de tu poderosa patria no serian mas que miserables mortales. Legioneras enteras de esos ángeles sublimes vinieron á Belén á cantar, cuando una pobre mortal daba á luz á Jesus, en el humilde asilo que una fria conmiseracion le habia concedido. »

A cada palabra de María se eleva sucesivamente el corazón de Porcia á regiones mas altas y mas puras; y se prosterna y adora mentalmente al Eterno á quien sus labios no se atreven aun á nom-

brar. Despues reanimada por una dulce esperanza levántase, se sonrie mirando á la divina madre y le dice en voz baja.

« Tranquilízate : no puede morir. »

— « ¡Ay de mí! moriré, replicó María; él mismo lo ha dicho. Ese secreto terrible para mí y para cuantos le aman, destroza y atormenta mi alma.— Tus dulces palabras, ó Porcia, han adormecido por un instante el dolor de las heridas de mi corazon; mas vuelven de nuevo á sangrar... Tú nada puedes por mí. Yo te bendigo, y plegue al Dios de Abraham bendecirte tambien. Ocúltame esos ojos llenos de lágrimas, porque no alcanzarás á consolarme : mi hijo quiere morir y morirá. »

Anonadada por el peso de su inmenso dolor quedóse María trémula y muda, y Porcia tendiéndole los brazos exclamó entre sollozos :

« Déjame seguirte, divina madre; quiero seguirte y llorar contigo sobre la tumba de tu hijo. »

Advertido de que Pilatos habia resuelto enviar ante él al profeta de Galilea, subió Herodes á su trono, sonrióse con sus cortesanos y dijo :

« ¡Cuan memorable será este dia! ¡Ese Jesus, cuya palabra cura á los enfermos y resucita á los muertos, consiente que le arrastren ante un juez mortal! Verdaderamente mi sorpresa es igual á la vuestra. »

Y temiendo dar á entender todo el orgullo que

llenaba su corazon al pensar que iba á postrarse á los pies de su trono el hombre que pasaba por el mayor de los profetas, guardó silencio : pero continuó diciéndose á sí mismo :

« Pues que soy su juez, le mandaré hacer delante de mí algun prodigioso milagro. ¿Y si me obedeciera?... Los milagros son imposibles, y aun cuando para él no lo fuesen, siempre tendré la gloria de haberle obligado á obedecerme. Si, por el contrario, las maravillas son superiores á sus fuerzas, se quedará reducido á ser el famoso rebelde que se ha hecho proclamar rey, y tendré el placer de verle en mi presencia pálido y aterrado procurando leer en mi semblante su sentencia. »

El confuso rumor que causan entrando los sacerdotes le arranca á sus imaginaciones : Jesus no ha llegado aun, porque el pueblo, cuya muchedumbre se aumenta por instantes, le cerca y oprime, clamando unos con sorpresa, con dolor otros, bendiciéndole estos, mientras aquellos le maldicen. Atraviesa el Hijo del Hombre, aquel irritado mar cuyas furiosas olas ya le amenazan, ya le acarician, con la sublime tranquilidad que los humanos pueden admirar mas no tener. Sus discípulos, algunos de los setenta elegidos, y todas las almas piadosas de Jerusalem, amigas de Jesus, procuran acercársele. Sola la hermana de Lázaro no se halla con las santas mugeres, pues la enfermedad cuyo

germen hace largo tiempo que se desarrolla en su seno la ha postrado en el lecho del dolor; y sin embargo en aquel momento padece menos que sus compañeras. Jesus ve las angustias de los suyos, pero tambien los celestiales consuelos que les prepara un porvenir ya próximo; y el Mesías cuenta las lágrimas de gozo de aquellos justos cuando aun atormenta la desesperacion sus corazones.

Persuadidos de que padecerian menos si pudieran oír la voz de su maestro y tocar sus ropas, redoblan sus esfuerzos para acercársele; pero el movimiento de la multitud cada vez los aleja mas del Salvador. Pedro, anonadado por sus remordimientos, cae en sombrío abatimiento.

Magdalena, hallándose súbitamente separada de sus compañeras, pide auxilio á un desdichado á quien Jesus habia devuelto la vista, y que en aquel momento se encontraba cerca de ella.

« Si te acuerdas, le dijo, del momento en que ese abrió tus ojos á la luz, préstame ahora el apoyo de tu brazo, á fin de que atravesando esta multitud curiosa pueda yo llegar hasta él. »

Y el desdichado procura en vano hacer que la amiga de su bienhechor alcance un consuelo que con ardor desea para sí mismo.

Juan contempla á Jesus desde una altura, sigue sus pasos con la vista, gime y ora; Tadeo sostiene

los vacilantes pasos de la madre de los hijos del Zebedeo, y la dice :

« Vuélvete agradecida á contemplar al cielo, porque eres una madre bienaventurada : tus hijos viven ; ¡pero María !... ¡ve arrastrado ante sus asesinos al Justo que alimentó en sus entrañas !... ¡Desdichada María ! mi corazon comprende todo lo que padece el tuyo. Y tú, angel exterminador, si no eres tan inflexible como tu segur, ¡ten piedad de la mas desdichada de las madres, no la reduzcas á ser testigo del suplicio de su hijo ! »

Mientras que así se abandonan los amigos de Jesus á su justo dolor, llega el divino acusado al palacio de Herodes, y comparece al pie de su trono. De esa manera, espíritus audaces, extraviados por el vértigo del orgullo, llaman á la divina justicia ante el tribunal de su debil razon, que ni los misterios del polvo de la tierra acierta á penetrar.

Al ver al Mesías enmudece Herodes sorprendido; pues no esperaba hallar en él tanta resignacion, tanta dignidad. Mas, al cabo pudo mas el orgullo que la admiracion, y tomando su semblante un aspecto irónico y de insulto, pronunció estas palabras envenenadas en tono de amarga burla :

« La fama de tus prodigios, ¡ó gran profeta ! se estiende por todas las regiones de la tierra ; mas

como en la voz de la fama suele haber mas de estrépito que de exactitud, quiero que ilustres mi juicio ostentando ante mí tu poder, que acaso escede á lo que de él ha llegado á mi noticia. Y no imagines que hay en esta invitacion ni la sombra de una duda insultante; no, por cierto: si deseo ser testigo de algunos de tus milagros, es para admirarte humildemente. Dices que existias antes del tiempo de Abraham, serás por consiguiente mayor que Moisés. Al pedirte pues prodigios á los de este superiores, te pruebo que sé apreciar tu mérito y que quiero que brille inmediatamente en todo su esplendor. Tal vez vacilas para escoger la especie de altos hechos con que quieres confundir á tus enemigos: voy á indicarte algunos que acaso no te parezcan inferiores á tu dignidad. Mira la cima del Moria que eleva hasta las nubes el dorado pináculo del Templo: dile que se incline ante tí. Bajo las bóvedas de ese mismo templo descansan los restos del gran David, ¡cual seria la felicidad del santo rey si viera la Jerusalem de sus nietos! ¡cual nuestro gozo si entre nosotros le viésemos aparecer!... Dile que salga de su tumba y que venga á sentarse sobre mi trono. ¡Callas! ¿Prefieres dar leyes al Jordan?... Pues bien: manda al sagrado rio que, abandonando su antiguo cauce, bane los muros de Jerusalem, proteja las torres de esta soberbia ciudad, y tranquila y pacíficamente

retroceda á Genezareth¹; ó haz volar las montañas por los aires, y que despues de haber cubierto con sus ambulantes sombras á los maravillados pueblos, vengan á reposar sobre la verde corona del monte de los Olivos. ¡Y qué! ¿permaneces aun mudo?»

Así habló Herodes. No acierta á comprender aquel ciego príncipe que las mas altas montañas de la tierra, que los reyes mas poderosos, son cieno in-mundo ante el profeta á quien provoca con insultante ironía. Pero esa misma ironía está próxima á convertirse en cólera, y le hace repetir con voz agitada:

« ¡Y qué! ¿permaneces aun mudo? »

No respondió el Hombre-Dios mas que con una mirada magestuosa y tranquila. Levántase el príncipe fuera de sí; sus ojos centellean, pero ningun sonido sale de sus labios trémulos de furor, y Caifás se apresura á decirle:

« Acabas de convencerte por tí mismo del poder de ese falso Profeta. El pueblo y aun algunos de nuestros sacerdotes creian en la verdad de sus mi-

¹ Nace el Jordan al pié de la sierra del Anti-libano en una caverna llamada Fiala, y despues de muchas vueltas atraviesa el lago de Genezareth y va á perderse en el mar Muerto ó lago de Asfalto. Herodes pide pues al Mesías que haga retroceder al Jordan hácia su origen. — T. F.